

Chinerías y haikus

Margarita Peña

La pasión libresca y la poesía se funden en esta crónica, donde Margarita Peña va al encuentro de libros raros y casi secretos en la Biblioteca de Beijing, al tiempo que atisba la cultura oriental a través de una poesía sutil, rica en hallazgos y visiones.

CHINERÍAS I
LIBROS RAROS

Una biblioteca amplia y majestuosa puede parecerse al interior oscuro de una ballena como la que se tragó a Jonás; o a una especie de cueva de Alí Babá repleta de joyas. Es esto lo que vislumbré al dar —en el otoño de 2004— con la gran biblioteca de la Universidad de Beijing, una tarde en la que paseaba por un campus de trazo inequívocamente inglés victoriano y edificaciones tipo pagoda con techos puntiagudos de tejas rojas, columnas de madera oscura y muros blancos, característicamente orientales. Y, claro, algún estanque tapizado de nenúfares atravesado por el clásico puente de piedra. Entramos en grupo, mis estudiantes de la maestría en letras hispánicas y yo, a La Biblioteca (digna de especulaciones borgianas) por una entrada lateral y ya en el interior pude ver, de reojo, una puerta vetusta, cerrada, en la que en una sobria placa una leyenda en inglés anunciaba: *Rare Books*. No daba crédito a mis ojos; me había pasado una semana buscando vanamente la sección de manuscritos e impresos antiguos en español, francés o inglés que podría existir en una biblioteca de gran calado como ésta, para encontrar solamente un cuarto piso repleto de bibliografía europea moderna (Alain Peyrefitte y sus trabajos sobre Mao Tse Tung y la Gran Marcha), con

estantería abierta de la que tomé algunos libros para hojearlos. De documentos antiguos en lenguas para mí accesibles, nada. Claro que si la placa de metal de la susodicha puerta hubiera estado escrita en chino, me habría seguido de largo. Fue una cuestión de suerte, de pura suerte. Eran pasadas las cinco de la tarde, la sala estaba cerrada, así que me dirigí gozosamente con mis estudiantes a cenar a un bullicioso restaurante estudiantil dentro de los linderos del campus, en el que espero no haber ingerido irreconocibles rarezas gastronómicas.

A primera hora del día siguiente, tras un desayuno al estilo occidental (que no son usuales en Beijing) en la cafetería del Hotel Internacional del campus, me dirigí a la providencial entrada semioscura y me sumergí de lleno en la panza de la bendita ballena bíblica. Para empezar, ¿cómo entenderme con las dos bibliotecarias, que me contemplaban mudas desde el mostrador de *Rare Books*, con no disimulada extrañeza? Finalmente me decidí, con no poca vergüenza, a intentar la comunicación... en inglés. Cuando pude hacerme entender por una de las damas, indicándole con ayuda del pasaporte mi nacionalidad, y diciéndole a señas, que no me interesaba el catálogo computarizado sino el catálogo de fichas de obras en español, ella me guió con paso decidido hasta los cajoncitos bajos de un gran mueble de encino, me indicó que me sentara en una larga mesa y me



El fénix Fung Hwang

dejó entregada a mi suerte ante las tarjetas amarillentas, polvosas y envejecidas, en las que se cifraba parte del contenido del acervo. Podemos imaginar las riquezas que allí deben existir en materia de libros y manuscritos orientales... pero yo iba a lo mío. Empezaron a desfilar los autores, títulos, temas y fechas: el *Tratado histórico de la monarquía china...* de fray Domingo Martínez de Navarrete (1676); la *Historia de la conquista de China...* de Juan de Palafox y Mendoza (ca. 1630, en versión moderna al inglés). ¿Sobre qué no habrá escrito, me pregunto, esa suerte de “varón de virtudes” que fue el carismático y turbulento obispo Palafox, quien trajera a la Nueva España en calidad de séquito, a la crema y nata del intelecto hispano del momento; concluyera la edificación de la Catedral de Puebla, en la que aparentemente yace enterrado (aunque su verdadero sepulcro se dice, está en Osma); se refugiara en las montañas al momento de las persecuciones y dejara huella de enorme erudición hasta en las remotas bibliotecas de Oriente?

Al solicitar los libros, fueron acumulándose sobre la mesa volúmenes de formato diverso que compartían una característica común: la gran cantidad de polvo (y seguramente, gérmenes) que se desprendía de ellos al intentar abrirlos. Pero ni modo, ya estaba allí, feliz de los hallazgos, aunque los libros parecían no haber sido leí-

dos desde la época anterior... a la Revolución Cultural. En el transcurso de las horas y los días fueron desfilando sobre la mesa fojas y pastas carcomidas por el tiempo; proezas y torturas de los misioneros europeos en la China ancestral. El martirio de los franciscanos en Fogan; el viaje prodigioso del jesuita Guy Tachard entre Francia y Siam, ida y vuelta, en el siglo XVII. Como en un periplo interminable pasaban ante mí las visiones de una monarquía semejante a la que Marco Polo pudo haber conocido siglos antes que Navarrete; los avatares bélicos documentados por el portentoso Palafox quizá desde su sede novohispana; los relatos marítimos del padre Tachard, ya casi a fines del XVII. Un banquete realmente suculento. Posteriormente solicitaría fotocopias de algunos fragmentos, las cuales logré gracias a la heroicidad de una de mis, ya para entonces, amigas bibliotecarias, que se tomó el trabajo de escanear y luego imprimir página por página.

Afuera, en esos días otoñales, el sol iluminaba el campus; luego llegaban la tarde y el crepúsculo: Lejos, la Gran Muralla (que Pilar Jiménez-Bermejo me llevaría a ver un domingo en que, con gran despejo condujo por las carreteras aledañas, resolviendo, en chino, el problema de la descompostura de su camioneta). Al abandonar la biblioteca, las hojas de maple yacían sobre el suelo, mojadas por la lluvia, adhiriéndose tercamente a la suela de los zapatos para recordarnos, a los adictos a las antigüedades recónditas, borgiásticas, que la naturaleza existe.

CHINERÍAS II

CRÓNICAS SOBRE ASIA

En su Departamento de Libros Raros, la Biblioteca de la Universidad de Pekín (o Beijing) alberga una buena colección de textos debidos a la pluma de misioneros de España y Francia que arribaron a China y Siam en los siglos XVII y XVIII. Es el caso de la *Relación de la persecución y trabajos de la cristiandad de la provincia de Fogan en el Imperio de la China*, escrita por fray Francisco Serrano en ocasión del martirio y muerte de fray Pedro Mártir Sanz, vicario de la provincia de Fokién, y de otros religiosos pertenecientes a la Orden de Predicadores de las Islas Filipinas. Recibidos con recelo y odio por gobernantes menores —soldados y mandarines—, y ocasionalmente con candor y aceptación por parte de la futura feligresía, sembraron las semillas de un cristianismo hecho de osadía y heroicidad. El testimonio de su peregrinar quedó consignado en las páginas de crónicas que llegaron a las prensas españolas y francesas. Relata el padre Serrano las vicisitudes de veintiocho misioneros y chinos convertidos al cristianismo que sufrieron persecución y martirio. Se trataba de extinguir del Im-

perio la nueva y amenazadora religión y a ello se abocaban desde virreyes y hasta soldados y guardias. Se aprisiona a los clérigos, se les enjuicia y se les formulan curiosos cargos: que coleccionan huesos de niños para confeccionar hechizos; que utilizan medicinas para pecar con mujeres y que éstas no se embaracen; que sacan los ojos a los moribundos para colocarlos en sus imágenes, que así parecen naturales; los báculos no son sino cañones para soplar a las mujeres por el vientre... Priva la superstición, las acusaciones no están exentas de malicia. Entre los prisioneros figuran mujeres: varias beatas chinas, la priora Teresa Chun y la noble viuda María Hy. Torturas diversas: el tormento de las manos (acabarán sin manos...); el de los tobillos; las bofetadas con penca que desfiguran el rostro por completo. De hecho, antes de ser degollados, los prisioneros casi han sido muertos a golpes. El 18 de diciembre de 1746 se pronuncia sentencia: decapitación para los europeos; garrote para los cómplices chinos; azotes y tormento de canga (el cepo) a las mujeres; destierro a Tartaria para los demás. Espeluznante, en verdad.

La *Relación del viaje a Siam* (ca. 1686), del jesuita francés Guy Tachard es otro cantar. Novelesca, poética, se inicia en las antecámaras de Versalles. Por la útil mediación del padre Lachaise, confesor de Luis XIV, Tachard, misionero en Asia, logra que el Rey y su ministro Colbert lo reciban. La entrevista se realiza conjuntamente con doce sabios siameses que han viajado con el misionero llevando el encargo de su Príncipe de conducir de regreso a doce jesuitas francesas, matemáticos y astrónomos con el objeto de que instruyan a la Corte oriental. El encuentro se desarrolla entre reverencias y un protocolo cargado de las intenciones expansionistas del Rey Sol, que ya vislumbra nuevas posesiones en Oriente. Los doce jesuitas son reclutados por medio de una convocatoria a la que acuden más de cien religiosos, ansiosos de aventuras y martirio, y zarpan a bordo de tres galeras ancladas en un puerto del norte de Francia. Lo que sigue es pura poesía y bienaventuranza. Transcurren los días en pleno océano, entre rezos, cánticos y misas que se celebran junto al palo mayor de las naves; los rudos marinos franceses van cayendo poco a poco en las redes jesuíticas y acaban por amansarse; los astrónomos siameses interrumpen los conciliábulos de los religiosos con toda clase de preguntas peregrinas; sobre las aguas vuelan peces y podrá incluso observarse un eclipse de sol cerca de la costa de África. Una travesía paradisiaca, hasta el momento de la epidemia de escorbuto que asolará la expedición y obligará a la tripulación a refugiarse en una cala próxima al Cabo de Buena Esperanza... Luego, rodeando África, seguirán a Siam.

La relectura de la *Relación* —cuya atmósfera oscila entre la del luminoso *Diario* de Cristóbal Colón y la del mundo macondiano de García Márquez— me de-

vuelve irremediabilmente ese Pekín-Beijing del siglo XXI, a sus misteriosos callejones —*hu-tons* de muy variadas cataduras—, sus restaurantes pantagruélicos regentados por asiáticos de pura cepa y uno que otro occidental, y su biblioteca universitaria de gran calado, ballena que navega plácidamente en el verde mar del campus pekinés.

VISIONES A MANERA DE HAIKUS

I

Espejea ante los ojos
un lago verduzco de
marchitos lotos.
Es el otoño.

El pequeño puente
y sus flores sin fin
cruzan un riachuelo
en el viejo Pekín.

“La limusina de Mao”

En el hutong
en sombras
ante la clausurada
puerta, dormita
la limusina negra.

Cruzan de la pagoda
el alto dintel,
los fantasmas,
en busca de miel.

Las amarillas hojas
del maple,
cansadas de estar,
hacen de la senda
lomo de jaguar.

Serpiente ondulada
la Gran Muralla
repta, se enrosca
en lo alto de la montaña.

“Pérdida”

La bufanda resbala,
el cuello desaparece
en la noche,
para siempre.

Son cinco en Pekín
los periféricos.
Miles de luces
hienden el aire
como en Año Nuevo.

II

Las florerías y sus flores
transforman
el mercado
en portal
de amores.

Travesía incandescente,
el templo
de los lamas
es incienso ardiente.

Junto al templo,
el cristal
de sedas frías
atrapa la mirada
en los tersos días.

III

La luna llena,
en su nuboso gabán,
me espía
cuando salgo
del restaurant.

Desde la ventana
las mudas bicicletas
en hilera
vaticinan
eterna espera.



El unicornio Ki

“In memoriam”

La estatua de Cervantes
en el verde césped
semeja al
caballero
del gabán verde.

Desfilan en el campus,
en el museo,
las pisadas,
las huellas
de los muertos.
Tiananmen es,
para los vivos,
empolvado
recuerdo.

Las viejas crónicas
y el olvido
se ayuntan
en el silencio
de los libros.

IV

Pekín en llamas,
Pekín en silencio
es en el sueño
eterno movimiento. U